

B02145
M3
V.3

VANNES

IMPRESA DE GUSTAVE DE LAMARZELLE,
dirigida por A.-E. Rochette.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



HISTORIA DE LA RELIGION

QUE DEBE LEER EL CRISTIANO

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

JOAQUIN, DÉCIMOCTAVO REY DE JUDÁ.

El rey de Egipto pasó de Rebla á Jerusalem sin que nadie se opusiese á su marcha. ¡Tal era la postracion de Judá y la insensibilidad en que la iban sumergiendo sus infames idolatrias. Posesionado Faraon de Jerusalem como si fuera su misma corte, puso la corona de Judá sobre la cabeza de Eliacin, hijo segundo de Josías, y le dió el nombre de Joaquin al coronarle, para que recibiese tambien el nombre de su autoridad. Impuso una multa al reino de cien talentos de plata y uno de oro (cerca de tres millones de reales), que le entregó el nuevo rey, exigiéndola por reparto personal; y habiéndola recibido Faraon, se retiró á Egipto su reino.

Su pintura.

Veinte y cinco años tenia Joaquin cuando principiò á reinar, y reinó once. Hizo lo malo delante del Señor, segun todo lo malo que habian hecho sus malos ascen-

dientes. El profeta Ezequiel nos le representa como un leon cachorro que andaba entre leones, y luego se hizo leon y aprendió á coger presa y á devorar hombres. Aprendió, añade, á hacer viudas y á convertir en desiertos las ciudades, y quedó sola la tierra al oír su rugido. Entonces se juntaron contra él las gentes de todas partes, extendieron su red, y le cazaron, no sin sufrir ellas sus heridas. Le metieron en jaula, le llevaron en cadenas al rey de Babilonia y le encerraron en cárcel para que no se oyese su voz en los montes de Israel. De este modo Ezequiel, y con esta energía, pintaba el carácter de este malvado príncipe y las desdichas que vinieron sobre él.

Su política.

Idólatra Joaquin por corrupcion y por interés, creyó que no habia medio mas eficaz para asegurar la corona sobre su cabeza que favorecer y aumentar la idolatría, á la cual tenia tanta inclinacion la mayoría de su reino. Conducta no solo muy detestable, sino tambien muy equivocada, pero conducta muy seguida de los príncipes sin religion. Para atraer á su partido una multitud de hombres rebeldes contra Dios, y prontos por consiguiente á rebelarse contra el rey, sacrifican el verdadero apoyo de su trono, que son sus súbditos fieles, por complacer á hombres malvados, y dispuestos siempre á la sublevacion. Joaquin siguió ciegamente esta política funesta. Al paso que fomentaba la idolatría y los idólatras, perseguia á los siervos del Señor, y sobre todo á los profetas.

Hace matar al profeta Uriás.

Habia en Jerusalem un profeta llamado Uriás, hijo de Semei de la ciudad de Cariatirin, famosa por haber estado en ella treinta años el arca del Señor. Anunciaba

Uriás en medio de Jerusalem, con la libertad de profeta, las desdichas de que estaban amenazados el templo, la ciudad y el reino. Concordaban sus predicciones con las de Jeremías, y la predicacion de estos dos enviados del Señor hacia mucha impresion en el pueblo. Llegó á noticia del rey Joaquin lo que predicaba Uriás, y trató de matarle, pero lo supo el profeta y se retiró á Egipto. Un rey menos ensañado se habria contentado con saber que Uriás estaba ya fuera del reino, pero su odio no quedaba satisfecho mientras encontraba medios de quitarle la vida. Envió á Egipto un oficial con la tropa correspondiente. Faraon no tuvo reparo en entregar un inocente refugiado en sus dominios, y el oficial tomó á Uriás y le llevó preso á Jerusalem, donde el rey le hizo morir sin piedad, y mandó arrojar su cadáver en los sepuleros de la gente mas vil del vulgo. Imaginaba Joaquin que con esta atrocidad que cometia con un profeta, atemorizaria á los demás y les obligaria á callar; pero él no conocia el carácter de los hombres de Dios.

JEREMÍAS, UNO DE LOS CUATRO PROFETAS MAYORES.

El gran Jeremías fué hijo de Helcías, sacerdote de la ciudad de Anatot, en la tribu de Benjamin, y solo tenia de quince á veinte años de edad cuando le llamó el Señor á principiar el ministerio de profeta. En los dias de Josías, rey de Judá, el año décimotercero de su reinado vino palabra del Señor á Jeremías, diciendo: Antes de formarte en el seno de tu madre, te elegí, y antes que nacieras, te santifiqué y te di por profeta á las naciones; y dijo Jeremías: A, a, a, ved, Señor, que no sé hablar, porque soy niño; y le dijo el Señor: No digas niño soy, porque á todo lo que te envíe, irás, y todo lo que te mande, hablarás. No temas el semblante de aquellos (á quienes te envíe) porque contigo estoy yo para librarte. Entonces tocó el Señor con su divina mano la boca de

Jeremías, y le dijo : Hé ahí que he puesto mis palabras en tu boca y te he establecido hoy sobre las gentes y sobre los reinos para que arranques y destruyas, arruines y disipes (los vicios), edifiques y plantes (las virtudes). No temas el semblante de ellos, porque yo te he puesto hoy por ciudad fortificada, por columna de hierro y por muro de bronce contra los reyes de Judá, sus príncipes y sus sacerdotes, y contra el pueblo de esta tierra, y guerrearán contra ti y no prevalecerán, porque estoy yo contigo para librarle.

Bien necesitaba Jeremías toda esta asistencia para no rendirse á la contradicción continua y á los frecuentes peligros de muerte á que le expuso su ministerio desde este tiempo hasta su muerte, que también fué fruto del mismo. Ya desde el año trece del reinado de Josías había sido la guía, el consejero y el padre de este piadoso y celoso monarca; pero apenas había sufrido ni aun contradicciones en su tiempo. Parece que el Señor le concedió aquellos días pacíficos para que se preparase á sostener con dignidad su ministerio en los días borrascosos que iban á sucederse.

Pocos meses despues de la muerte de Uriás, y durando todavía el primer año del reinado de Joaquin, tuvo Jeremías palabra del Señor que le decía : Está en pié en el atrio de la casa del Señor, y dirás á todos los que vienen de todas las ciudades de Judá á adorar en la casa del Señor todas las palabras que te ha mandado decirles, sin omitir ni una sola, por si acaso las oyen y se convierte cada uno de su mal camino, y hacen que yo no ejecute el mal que tengo pensado hacer obligado de su malicia; y les añadirás, esto dice el Señor : Si no me oyéreis para andar en la ley que os di, desampararé esta casa como desamparé á Silo, y entregaré esta ciudad en maldición á todas las gentes de la tierra. Jeremías cumplió fielmente con su encargo, y cuando acabó de decir estas cosas que le había mandado el Señor, los falsos profetas, los malos sacerdotes y todo el pueblo que las

había oído, se arrojaron al profeta, le aprisionaron y todos gritaban á una : Muera de muerte porque ha dicho que esta casa será como Silo, y esta ciudad desolada. Casi en los mismos términos había hablado Jeremías en el reinado de Josías, sin que nadie hubiera mirado esto como delito; mas hablaba el profeta en el reinado del impío Joaquin, y no era lo mismo. Llegó la noticia de este tumulto á oídos de los príncipes, y luego acudieron algunos á librarle; pero los falsos profetas, de que abundaba el reinado de Joaquin, y los malos sacerdotes dijeron á los príncipes : Este hombre es digno de muerte, porque ha profetizado contra esta casa como todo el pueblo ha oído; pero Jeremías dió una excusa incontestable : el Señor, dijo, me ha enviado para que anuncie á esta casa y á esta ciudad lo que he dicho; y volviendo bien por mal les dió un saludable consejo, diciendo : Oid la voz del Señor, haced buenos vuestros caminos, enderezad vuestros deseos y el Señor dejará de ejecutar el mal que ha dicho contra vos otros. Por lo que á mí toca, añadió, estoy en vuestras manos, haced lo que bien os parezca; pero sabed que si me matáreis, derramaréis una sangre inocente que clamará contra vosotros y contra esta ciudad y sus moradores, porque en verdad el Señor es quien me ha enviado á vosotros y mandado decir esto.

No hay causa, dijeron los príncipes, para quitar la vida á este hombre, porque en nombre del Señor, nuestro Dios, ha hablado, y levantándose algunos ancianos, dijeron á la multitud : Miqueas de Morasti, profeta en tiempo de Ezequías, habló á todo el pueblo de Judá en estos términos : Esto dice el Señor de los ejércitos : Sion será arada como un campo, y Jerusalem se convertirá en un monton de piedras y el templo en alturas de selvas. ¿Por ventura le condenó por eso á muerte Ezequías ó Judá? Al contrario, ¿no temieron sus palabras y pidieron la misericordia del Señor, y el Señor dejó de ejecutar el mal con que les había amenazado? Así pues

nosotros harémos un gran mal contra nuestras almas (si matamos á Jeremías, profeta del Señor). De este modo se libró de la muerte el profeta, ó por decirlo mejor, así sacó el Señor á su profeta de las manos de la muerte.

Pero el pobre Jeremías estaba destinado por el Señor para pelear contra las maldades de los reyes y los pueblos, sin ver otro fruto de sus trabajos que el aumento de los crímenes. Casi tres años se pasaron despues de la muerte de Josías en amenazas de parte del profeta y en maldades de parte del rey y del pueblo, y si el rey se arrojaba á mayores crímenes cada dia, el pueblo no hacia sino imitarle. La misericordia del Señor esperaba la penitencia para perdonar, pero en su lugar los delitos se multiplicaban y provocaban mas y mas su divina justicia. Habia escogido el Señor á Nabucodonosor, rey de Babilonia, por instrumento de sus castigos, y luego principió á ponerle en movimiento. Como este rey tiene tanta parte en la cautividad de los Judíos ó hijos de Judá, conviene dar de él alguna noticia antes de entrar á referirla.

Se da noticia de Nabucodonosor llamado el Grande.

Nabucodonosor, de quien vamos á hablar, se llamó el Grande por los grandes sucesos de su reinado. Era hijo de aquel Nabucodonosor que envió á Holofernes á la conquista de Siria y la Judea, y que murió á manos de Judit en el cerco de Betulia. Nabucodonosor el Grande recibió de su padre el título de rey de Nínive, pero no la ciudad, porque estaba ya destruida y reducida á escombros, segun la amenaza de Jonás, cuyo cumplimiento difirió la penitencia de sus habitantes, y verificó su reincidencia; y segun la advertencia profética del anciano Tobías, que habia dicho al morir á su hijo y sus nietos : que saliesen de Nínive luego que enterrasen á su madre en su sepulcro, porque estaba ya

cercana la ruina de Nínive. Lo que recibió Nabucodonosor en realidad fué la famosa ciudad de Babilonia, corte del reino de este nombre, reino que se hallaba en gran poder y se aumentaba cada dia. Luego que se halló en el trono, formó grandes proyectos para extender los limites de sus estados, y principalmente para abatir, á lo menos, al rey de Egipto, si no lograba destruirle. Habia ya tiempo que estos dos reinos, ambos poderosos, se miraban con emulacion, ó mas bien con ojeriza y se hacian cruda guerra. La Judea se hallaba en medio de ambos y no podia declararse por el uno sin hacerse odiosa al otro, ni tampoco el que vencia la dejaba ser indiferente. Al presente Joaquin era deudor de la corona de Judá al rey de Egipto, su tributario y su aliado. Nabucodonosor miraba esta alianza como un delito en el rey de Judá y trató de castigarle, ó mas bien el Señor trató de castigar á Judá por medio de Nabuchodonosor, que era el instrumento elegido para esto.

Principios de la cautividad de Babilonia.

El año tercero del reinado de Joaquin, rey de Judá, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, á Jerusalem, la cercó y la tomó despues de una breve resistencia. Mas no se crea que sucedió esto, ó por la superioridad de las fuerzas de Nabucodonosor, ó por la falta de defensa de los Judíos; fué por la voluntad del Señor, que irritado por sus pecados franqueó á Nabucodonosor la entrada en la ciudad santa y puso en sus manos al rey de Judá, para que le llevase encadenado á Babilonia y allí le castigase. Como el principal intento de Nabuco era apartar á los Judíos de la alianza con el rey de Egipto y hacerles ver lo que debian esperar si volviesen á unirse con él, no se posesionó por esta vez de Jerusalem, y se contentó con llevarse al rey para castigarle y escarmentarle, y una gran parte de los principales de su corte para fiado-

res del cumplimiento de las condiciones, bajo de las cuales pensaba desencadenerle y dejarle volver á su reino. Por desgracia agradaron á Nabuco muchos de los vasos de la casa del Señor, y los tomó y trasportó á la tierra de Sennaar al templo del ídolo que él adoraba y los puso en su tesoro. Todos los dichos motivos eran los que dirigian los pasos de Nabuco, pero los que dirigian los del Señor, eran hacer á Judá una insinuacion de los castigos que le esperaban si no se corregia. La deja sin rey por algun tiempo, sin parte de los principales del reino y sin una gran porcion de los vasos consagrados al Señor en su santo templo, y esto era lo mismo que haber principiado la tormenta.

Joaquin se encuentra en la prision donde se convirtió Manasés, pero no se convierte.

Se hallaba el rey Joaquin en los veinte y ocho años de su edad y al fin del tercero de su reinado, cuando fué llevado á Babilonia. Desde el momento de su llegada fué puesto en una estrecha prision y dejado en ella por parte de Nabuco para castigar su alianza con el rey de Egipto y hacer que no volviese jamás á renovarla, y por parte del Señor para que llorase, como otro Manasés, su tatarabuelo ó tercer abuelo, sus delitos; pero Joaquin estaba mas endurecido que Manasés, y nada aprovechó su prision para la enmienda de su vida.

Profetiza Jeremias que la cautividad de Babilonia ha de durar setenta años.

Mientras que Joaquin se hallaba en las prisiones de Babilonia, el Señor anunciaba á los Judíos por su profeta Jeremias del modo mas terminante la cautividad con que tantas veces les habia amenazado, el principio,

las desdichas y el fin de ella. Desde el año trece de Josías, hijo de Amon, rey de Judá, hasta este dia que van ya veinte y tres años, no he dejado, les dijo Jeremias, de anunciaros noche y dia las palabras del Señor, y no habeis querido oirme. Tampoco habeis escuchado á los demás profetas que os ha enviado el Señor, ni inclinado vuestras orejas para oirlos; por tanto, esto dice el Señor Dios de los ejércitos: Yo tomaré y enviaré todos los pueblos del Aquilon con Nabucodonosor á su frente, y vendrán sobre esta tierra y sobre sus habitantes, y haré que los pasen á filo de espada, y será esta tierra el espanto y la befa de los que pasen por ella y quedará reducida á soledades. Todas las gentes de esta tierra que escaparen de la muerte, servirán cautivas al rey de Babilonia por setenta años, y en este tiempo esta tierra será una espantosa soledad. Cuando se hubieren cumplido setenta años, yo visitaré (castigaré) al rey de Babilonia y á aquella nacion por su iniquidad, y pondré la tierra de los Caldeos en soledades. Una profecía tan terminante y circunstanciada sobre un suceso tan terrible debia hacer hondas impresiones en los corazones de todos los Judíos, pero se hallaban sumergidos en tan profundo letargo que nada bastaba á sacarlos de él. Las mas terribles amenazas de los profetas no eran ya para ellos otra cosa que cansadas y enfadosas declamaciones, y, ó no querian oirlas, ó las oian con indignacion, y esto mismo sucedió con la que acabamos de referir.

Vuelve Joaquin á Jerusalem despues de un año cumplido de prision en Babilonia bajo la obligacion de pagar tributo.

Mas de un año habia ya que el rey Joaquin estaba atado con cadenas en el calabozo de Babilonia, cuando Nabucodonosor trató de desencadenerle y enviarle á

Jerusalén, pero con pesadas condiciones que aceptó el rey prisionero, y fueron : primera, que renunciaria para siempre á la alianza con el rey de Egipto : segunda, que le pagaria el tributo anual que pagaba á aquel y seria su rey tributario; y tercera, que retendria en Babilonia los príncipes que tenia en su poder como fiadores del cumplimiento de las dos condiciones anteriores. Joaquin las firmó al momento, dándose por muy dichoso en adquirir la libertad y ocupar el trono á este precio. Volvió á Jerusalén al principio del año quinto de su reinado, tan malo ó peor que habia salido. En este tiempo sucedió lo que dejamos referido con respecto á Jeremías en la historia de los Recabitas á las páginas 328 y 329 del primer tomo, donde puede leerse.

Jeremías predica y no saca fruto.

En vano Jeremías empleaba las reprensiones, las amenazas, las exhortaciones y los ejemplos. Todo lo convertia Judá en su perdición. Unos se burlaban del profeta, otros le insultaban, y otros, deseando deshacerse de un hombre que no cesaba de reprender sus delitos, fueron á decir al rey que con sus discursos conmovia al pueblo, y que convenia prohibirle la entrada en el templo y obligarle á que se estuviese encerrado en su casa. El rey tomó este consejo, y fué mucho para él que no pasó mas adelante, teniendo tanto odio á los profetas y sobre todo á Jeremías. Con esta determinacion el pueblo quedó sin el socorro de los sermones del profeta del Señor; y los profetas falsos y los impíos predicaban sin contradiccion la idolatria, los vicios triunfaban y el pueblo acababa de corromperse.

Baruc escribe un libro dictándole su maestro Jeremías por mandado del Señor.

En estas circunstancias que pasaban al fin del año cuarto del reinado de Joaquin, dijo el Señor á Jeremías : Toma un volumen (ó libro en blanco) y escribe en él todo lo que te he dicho contra Israel, contra Judá y contra todas las gentes desde que te hablé (por primera vez) en los dias de Josías hasta este dia; por si oyendo los hijos de Judá todos los males que pienso hacer contra ellos, se aparta cada uno de su pésimo camino, y yo entonces perdonaré su iniquidad y sus pecados. Parece que el Señor sentia una pena en castigar á su pueblo, y por lo mismo no dejaba medio que no ponía en ejecución para que se convirtiese y le evitase la precision de castigarle. Hasta aquí habia hecho las amenazas separadamente ya en unos ya en otros tiempos, ahora las reúne todas en un libro y quiere que las oigan todas de una vez para que les hieran mas vivamente, les confundan, les aterren y conviertan. Por otra parte el profeta estaba encerrado, y solo su libro podia salir al público y hablar al pueblo.

Le lee al pueblo y despues á la corte.

Llamó Jeremías á Baruc, su secretario y discípulo, y escribió Baruc en el libro, dictándole Jeremías todo cuanto á este habia dicho el Señor, y acabada la escritura, le dijo : Ya sabes que yo estoy reducido á un encierro, y que no puedo entrar en la casa del Señor. Entra, pues, tú y lee en el volumen todas las palabras del Señor que te he dictado : que esto sea en un dia de ayuno, cuando esté reunido el pueblo en el templo, y tambien le leerás á todos los que vengan de sus ciudades, por si ruegan en presencia del Señor y se aparta cada

uno de su pésimo camino, porque grande es el furor y la indignacion con que se explica el Señor contra este pueblo. Baruc temió entrar en un encargo tan peligroso, habiendo visto que costó la vida á Urias, y que el mismo Jeremías habia corrido grandes peligros; pero Jeremías le animó y le aseguró de órden del Señor, y luego pasó á cumplir cuanto se le habia ordenado. Se predicó un ayuno en Jerusalem y en las ciudades del reino para cumplirle en la presencia del Señor, y Baruc aprovechó esta ocasion para leer delante del pueblo el libro que habia escrito de órden de Jeremías. En efecto, le leyó desde el principio hasta el fin delante del pueblo, y cuando oyó Miqueas, hijo del príncipe Gamariás, todas las palabras del Señor escritas en el libro, bajó á palacio al cuarto del secretario del rey, donde estaban reunidos los príncipes y grandes del reino, y les dijo lo que habia oido leer á Baruc delante del pueblo. Luego hicieron venir á Baruc con el libro, y le dijeron: Lee esas cosas delante de nosotros. Baruc las leyó, y oyéndolas se pasmaba cada uno y todos se miraban asombrados. ¿Cómo has escrito tú, le preguntaron, todas estas palabras de Jeremías? De su boca me hablaba, dijo, todas estas palabras como si fuera leyendo en un libro, y yo las escribia (el Espíritu Santo inspiraba á Jeremías lo que habia de dictar, y Jeremías dictaba á Baruc lo que habia de escribir). Entonces dijeron los príncipes á Baruc: Anda y escondeos tú y Jeremías, y que nadie sepa dónde estais; porque es preciso dar noticia al rey de todo esto. Baruc se fué á esconder con su maestro, y los príncipes entraron á dar parte al rey, quien habiendo oido lo que decian de las palabras del libro, mandó que le trajesen y le leyesen en su presencia. Era esto en el mes noveno cuando principiaba ya el frio, y el rey estaba al brasero rodeado de su corte.

Tambien le lee al rey su secretario, y el rey le quema.

Judi, su secretario, trajo el libro y principió á leerle delante del rey; pero aun no habia pasado de la cuarta plana cuando ya no pudo contener el enfado que le causaba su lectura, y sin guardar ni el decoro debido á la majestad real, ni la veneracion que pedian las palabras del Señor escritas en el libro, le arrebató de las manos de su secretario, le hizo giras con un cortaplumas y le arrojó en el brasero, donde fué consumido por el fuego. Mandó en seguida á tres oficiales de su guardia que prendiesen con su tropa á Baruc y Jeremías; mas los escondió el Señor. Hizo el rey que se practicasen las mas vivas diligencias para encontrarlos... ¡Diligencias inútiles de un rey perverso! Quemado el libro no habia quemado el original, y en todo el mundo no habia luz para descubrir dos hombres que escondia el Dueño de la luz. Cometido por el rey el sacrilegio de quemar el libro santo, mandó Dios á Jeremías que escribiese otro en todo como el primero, y añadió que fuese al rey y le dijese: Tú quemaste el libro que decia: «Pronto vendrá el rey de Babilonia y destruirá esta tierra y hará que no queden en ella ni hombres ni bestias.» Pues oye lo que dice el Señor contra Joaquin, rey de Judá: No habrá de él quien se siente sobre el trono de David, y su cadáver será arrojado al ardor del día y al hielo de la noche. Ya en otra ocasion le habia dicho el Señor, que su cadáver arrojado fuera de las puertas de Jerusalem seria sepultado y se podriria en sepultura de asno.

Baruc vuelve á escribir el libro dictándole Jeremías.

Jeremías tomó otro libro en blanco y Baruc volvió á la tarea de escribirle, dictándole su maestro. En este segundo libro no solo se escribió todo lo que se habia es-

erito en el primero, sino tambien la exclusion de ocupar la descendencia de Joaquin el trono de David, el ignominioso destino de su cadáver y muchas mas amenazas que las que habia en el primero; y este segundo libro es el que ha llegado á nosotros con el nombre de profecías de Jeremías. Nada nos dice el historiador sagrado sobre la intimacion de la nueva amenaza de Dios á un rey que le buscaba para aherrojarle y acaso para matarle como á Urias; pero el cumplimiento era indispensable, y, ó Jeremías le habló con la superioridad que le daba su carácter de enviado de Dios, ó el rey se habia amansado; porque en efecto, Joaquin permitió despues al profeta ejercer públicamente su ministerio. Jeremías se aprovechó muy bien de este permiso para reducir al camino de la verdad y la penitencia al pueblo de Judá antes que viniesen sobre él los espantosos castigos de que estaba amenazado, pero trabajaba en vano. Su corazon era ya de pedernal ó de hielo.

Joaquin se niega á pagar el tributo á Nabucodonosor.

Precisado Joaquin á vivir entre dos enemigos formidables, Faraon rey de Egipto, y Nabucodonosor rey de Babilonia, siempre se inclinaba menos á Babilonia que á Egipto, fuese por gratitud á Faraon que le habia dado la corona, fuese por resentimiento contra Nabucodonosor que le habia puesto las cadenas. Joaquin sin embargo pagaba á este con regularidad el tributo pactado al salir de la prision, pero al mismo tiempo trabajaba en formar una liga con varias naciones, y particularmente con Egipto, para resistir á Nabuco y negarle el tributo. El año octavo de su reinado y tercero despues de su prision en Babilonia, se determinó Joaquin á no ser por mas tiempo un rey tributario y se negó al pago anual de los cien talentos de plata y uno de oro. Irritó en gran manera á Nabucodonosor esta negativa, pero las guerras

en que se hallaba empeñado, no le permitieron por entonces castigarla y tuvo que contentarse con enviar ladroncillos de la Caldea, de la Siria, de Moab y de Amon á la Judea para que la destruyesen, cumpliendo Nabuco en esto, sin saberlo, lo que el Señor habia dicho de esta devastacion por boca de sus profetas. Estos que aquí llama ladroncillos el texto sagrado, eran tropas sueltas, que hacian acometidas repentinas en las tierras enemigas y robaban cuanto encontraban al paso. Este modo de hacer parte de la guerra era comun entre las naciones orientales, y aun se conserva entre las tribus árabes. Debilitaban diariamente la Judea estas tropas, y no se ve que pudiesen ser otras las que llevaron cautivos á Babilonia, ó bien de una vez, ó en porciones sueltas, los tres mil y veinte y tres Judíos de que nos habla Jeremías.

Su muerte y sepultura.

Joaquin seguia siendo siempre un ardiente idólatra y un criminal obstinado, y no se contentaba con perderse en sus abominaciones, sino que tenia un empeño y complacencia en ver reinar la idolatria en sus súbditos, sin que se advirtiese en este mal príncipe ni un momento de arrepentimiento en toda su vida. Murió á los once años de su reinado y treinta y seis de su edad. No se sabe con qué género de muerte concluyó el Señor la carrera de este famoso impío, mas no se ve que fuese tan violenta como pedian sus maldades. Su sepultura fué semejante á la de los asnos, como habia profetizado Jeremías. Parece incomprendible que una nacion como la judía, tan inclinada á hacer á los difuntos los honores del sepulcro, tratase de este modo á un rey de su sangre, padre de otro rey á quien iba á dar el cetro, amante en su mayoría del difunto por la uniformidad de sus corrompidas costumbres... Parece, repito, incomprendible cómo pudo

tratar ni permitir que se tratase con tanto oprobio el cadáver de uno de sus reyes; y solo puede componerse, atribuyéndolo todo á la ira del Señor, que mas de una vez habia amenazado á Joaquin con este oprobio, y á castigo del oprobio con que él trató el cadáver del profeta Urías, á quien dió la muerte, mandando que su cuerpo fuese arrojado en los sepulcros de la gente mas vil.

Algunos, fundados en la expresion del texto sagrado, pretenden que al embalsamar el cadáver de Joaquin se hallaron en él infames cicatrices que expresaban su dedicacion al demonio de la idolatría; y que los Judios, aunque tan perversos, se horrorizaron al verlas y le arrojaron fuera de Jerusalem al campo donde las aves carnívoras devoraban los caballos y los asnos, y donde se podrian los perros y otros cuerpos inmundos. En la muerte de Joaquin entró á reinar su hijo Joaquin con el nombre de Jeconías.

JECONÍAS, DÉCIMONONO REY DE JUDÁ.

Diez y ocho años tenia Jeconías cuando principió á reinar y reinó tres meses y diez dias, esto es, diez dias mas que su tio Joacaz, y en tan poco tiempo hizo lo malo delante del Señor como su tio y su padre. Tambien Jeremías, predicador de los reyes, hizo su deber para con este príncipe, aunque sin fruto. Tu te entregas, le dijo, á los delitos de tus malos padres, pues oye: Vivo yo, dice el Señor, que aunque Jeconías, hijo de Joaquin, rey de Judá, fuese un anillo en mi mano derecha, de allí le arrancaria. Yo le entregaré en manos de los que buscan su alma, de aquellos cuya cara le causa espanto, en manos de Nabucodonosor y de los Caldeos. Yo le enviaré, y á la madre que le engendró, á una tierra en la que ni él ni su madre han nacido, y allí morirán. Eran terribles estas amenazas con que el Señor queria mover

á penitencia á Jeconías, pero era necesario mas que amenazas para mover á un príncipe que se habia endurecido en la maldad al lado de su padre.

Nabucodonosor se lleva cautivos á Jeconías, la familia real y parte del pueblo.

Al acabar su vida Joaquin, concluyó tambien Nabucodonosor la guerra contra el rey de Egipto, habiéndole arrojado de cuanto poseia en la vasta extension que hay entre el Eufrátés y el Nilo, y reducido á los antiguos límites de su reino, de donde no volvió á salir en adelante. Nabucodonosor, desde la conclusion de esta guerra, se halló en disposicion de castigar dos hechos de Judá, uno antiguo de su rey y otro nuevo de toda la nacion. Ya hemos dicho que Joaquin se negó á pagar á Nabucodonosor el tributo, y que ocupado este monarca en sus guerras, no pudo castigarle sino enviando ladroncillos ó partidas sueltas. Ahora acababa la nacion de elegir rey á Jeconías sin su licencia. Nabuco miraba á la Judea como una provincia de su imperio y creia tener un derecho á elegir el rey que debia gobernarla, y luego determinó castigar estos dos hechos, que él tenia por dos atrevimientos, dignos de todo castigo. Apenas Jeconías habia reinado tres meses, cuando se presentó Nabucodonosor á las puertas de Jerusalem con su ejército. Mandó cercar inmediatamente la ciudad, y la rodeó de trincheras para combatirla. No se dice que Jerusalem tratase de defenderse, y esta fué su felicidad para existir todavia algunos años. En vez de hacer resistencia, se tomó el partido de salir el rey Jeconías, la reina viuda su madre, los príncipes de la sangre, los primeros de la corte, y todos los siervos del rey á presentarse á Nabucodonosor y entregarse á su clemencia. No dejaba de ser un espectáculo bien lastimoso ver caminar esta ilustre tropa, los ínclitos del pueblo de Dios, á ponerse en manos de un rey de